



# 5. EL CORAZÓN DE UNA ESTRELLA

Noelia Amarillo





## CAPÍTULO 1

Un regalo inesperado.



Deneb miró disimuladamente la hora en el reloj de su muñeca. Eran más de las seis de la tarde y la fiesta de Navidad no tenía visos de terminar. Apretó los dientes para contener un bostezo y esbozó, no sin esfuerzo, la sonrisa de «rubia tonta» que era su seña de identidad desde hacía tres meses. Echó un vistazo a su alrededor y llegó a la conclusión de que ya iba siendo hora de desaparecer del «evento».

Sus compañeros de trabajo estaban reunidos en pequeños grupos cerrados, y se aseguraban de comentar, cuando los directivos pasaban cerca de ellos, y en voz bien alta por supuesto, las delicias de trabajar en esa empresa; claro que, en cuanto tenían vía libre, surraban con saña las miserias del sueldo y el trabajo de esclavos que realizaban.

A ella le hubiera gustado formar parte de alguno de esos grupitos cerrados, hubiera despotricado más que nadie contra los jefazos. Pero, los mismos compañeros que criticaban a sus jefes, le vetaban la entrada en sus círculos de amistad. Tampoco le extrañaba





mucho, al fin y al cabo era la «asistente personal» del jefe más cabrón, esclavista y ególatra de la empresa.

«Asistente personal», ¡ja!

Deneb era en realidad la «tía buena» del departamento de producción y su único cometido en éste era, ni más ni menos, llevar el café y las pastas a don Ernesto, eso sí meneando bien el culo y poniendo cara de niña tonta y lasciva. Uf.

Odiaba su trabajo, lo odiaba de verás, pero era el único que había podido conseguir.

Había pateado sin tregua las calles durante meses y meses, había esgrimido su estupendo currículum vitae ante cada director de recursos humanos con el que logró entrevistarse, había expuesto su lado más perfeccionista y emprendedor. En definitiva se había mostrado tal y como era, y en todas partes le habían dicho lo mismo: No hay trabajo para ti.

Por tanto, cuatro meses atrás, harta ya de dejarse la piel sin conseguir nada, decidió cambiar de estrategia.

Eliminó del currículum sus licenciaturas en Filología Inglesa y Alemana, y suprimió, no sin cierto pesar, sus trabajos como intérprete y traductora. Necesidad manda. Su currículum pasó de ser inmejorable a ser una birria. Justo lo que necesitaba. Inventó un par de trabajos de poca monta para no verlo tan vacío y a continuación, y sin pensárselo dos veces por temor a dar marcha atrás, salió de compras e hizo una remodelación completa de su vestuario.

El plan dio resultado.

Y ahí estaba ahora, vestida como una putita, aburrída como una ostra y deseando largarse a su casa lo más rápidamente posible. Giró sobre sus altísimos tacones de aguja, se bajó disimuladamente la escasa minifalda que apenas le tapaba el trasero, cogió la inútil chaqueta de polipiel que apenas le resguardaba del frío pero que era súper sexy e intentó abandonar con disimulo el salón de reuniones de su empresa.





No pudo ser.

—¡Deneb! —gritó su querido y adorable jefe. Las miradas de todos los presentes se centraron en ella. Genial—. No estarás pensando en abandonarnos, ¿verdad? —le preguntó Ernesto con la voz gangosa de un borracho y la mirada lasciva de un cerdo.

—No. Claro que no —negó ella con una sonrisita estúpida mientras sus pestañas subían y bajaban a mil parpadeos por segundo—. Solo iba a llenarme la copa. La noche es joven y quiero ¡Fiesta! —exclamó meneando las caderas y poniendo «morritos».

—¡Estupendo! —asintió satisfecho el gordinflón a la vez que guiñaba un ojo a la muchacha—. Y ahora, amigos y compañeros de fatigas ha llegado la hora de... ¡El regalo de Navidad! —gritó.

Todos los allí reunidos miraron a su jefe alucinados, era la primera vez que la empresa les iba a dar algo gratis (aparte de disgustos). Ernesto permaneció expectante unos segundos, hasta que por fin se dio cuenta de que nadie iba a decir nada; entonces carraspeó y dedicó a sus empleados una afiladísima mirada. Todos prorrumpieron en gritos, aplausos y hurras.

—¡Bien, bien! Me alegro que os entusiasme la sorpresa —comentó complacido—. Según os vaya nombrando pasaréis por mi despacho para recoger vuestro regalo y darne las gracias —ordenó.

Y así fue como uno a uno todos los trabajadores fueron entrando a la cueva del ogro, para salir al cabo de pocos segundos con un diminuto paquete en las manos y la decepción pintada en el rostro. Deneb, tal y como había esperado, porque de tonta no tenía un pelo, fue la última en ser llamada.

—Deneb, querida, espero que no te haya molestado que te nombrara al final... Quería deshacerme de todos esos patanes para poder darte tu regalo en la intimidad y sin riesgos de ser molestados —comentó Ernesto acercándose a ella y pasando un brazo sobre sus hombros—. Estoy seguro de que te va a encantar —afirmó lamiéndose los labios. Acto seguido intentó lamer el cuello de la joven.





Deneb interpretó a conciencia el papel de rubia tonta. Tropezó sin querer con la carísima alfombra del despacho, dio dos pasitos para recuperar el equilibrio y, como colofón final, clavó con precisión uno de sus afladísimos tacones sobre el empine del carísimo y brillante zapato izquierdo del baboso de su jefe.

—¡Uy! ¡No sabe cuánto lo siento! ¿Le he hecho daño? Ay, que torpe soy.

—Tranquila... —la disculpó él con voz estrangulada— un tropezón lo tiene cualquiera. Déjame que me siente, y mientras tanto, abre tu regalo —ordenó acomodándose en su cómodo sillón de oficina, giratorio y con ruedas, a la vez que señalaba un paquete largo y estrecho envuelto en un hortera papel rojo chillón.

Deneb caminó hasta la mesa sin olvidarse de menear el culo, y cogió la caja con ambas manos. Se mordió los labios, pestañeó varias veces, dio un par de saltitos entusiastas, sacudió el paquete abriendo mucho los ojos, y dio por finalizada su actuación abriéndolo con una enorme e ilusionada sonrisa en los labios.

La sonrisa se borró de su cara un segundo después.

—¿He acertado con la talla? —escuchó preguntar al idiota libidinoso que tenía por jefe.

Deneb cerró la boca que se le había quedado abierta en una mueca alucinada, pestañeó sin coquetería por primera vez en tres meses y sacudió la cabeza para aclararse las ideas antes de contestar con voz ronca y sensual.

—Ups, pues no lo sé, tendría que probármelo —afirmó sacando un diminuto tanga rojo, que parecía más un hilo dental que una prenda íntima.

—Sigue buscando... todavía hay más —informó babeando el jefe.

—¡Ay! ¡Qué ilu! —exclamó Deneb llevándose las manos a sus prominentes pechos con ilusión exagerada—. ¡Un sujetador a jue-





go! —gritó cogiendo un sostén al que le faltaban dos círculos de tela situados justo en el lugar en el que irían los pezones—. ¡Es divino!

—He elegido el rojo porque estamos Navidad, para que lo lleves en fin de año y te de suerte. Ya sabes lo que dicen.

—Uis, no, ¿Qué dicen?

—Que hay que recibir el año con algo rojo y algo usado.

—Ah.

—Ya tienes algo rojo... ahora solo falta estrenarlo para que también sea algo usado —dijo taimado. Acto seguido se repantingó en la silla, abrió las piernas y se llevó una mano a su prominente erección—. Adelante, no te dé vergüenza —la instó.

Deneb observó el tanga, miró patidifusa a Ernesto y tornó de nuevo la vista al sujetador. Se mordió los labios y arrugó la nariz. El día había llegado. Tras meses de evitar quedarse a solas con él, de esquivar sus encerronas y sortear sus intentos de sobeteos, había caído de lleno en su trampa. En fin, qué se le iba a hacer.

Levantó la cabeza, colocó uno de las copas del sostén entre sus dientes y se las apañó para sujetarlo mientras esbozaba una sonrisa sensual. Escuchó complacida el jadeo de su jefe. A continuación pasó los pulgares por las tiras del tanga, tiró hasta dejarlo bien tirante y subió los brazos por encima de su cabeza en un baile insinuante.

Ernesto comenzó frotar su erección por encima del pantalón. Deneb se acercó contoneándose, hasta quedar situada entre las piernas del hombre babeante y sudoroso que observaba ávido cada uno de sus movimientos. Se dobló por la cintura hasta que su cara quedó a pocos centímetros de la de él y, con un movimiento súbito, escupió el sujetador, le encajó el tanga en la cabeza y le golpeó con la rodilla en sus partes (in)nobles.

—¡Pero qué argh...! —alcanzó a decir el jefecillo antes de sentir por completo el tremendo dolor de cojones que le duraría al menos un par de horas.





—Ups, lo siento, ¿te he hecho daño? —preguntó Deneb mor-  
diéndose compungida los labios—. ¡Pues te jodes! ¡Cabrón! —gritó  
cogiendo el sillón de oficina con ambas manos, girándolo en direc-  
ción a la puerta y empujándolo con fuerza.

Todos los empleados se giraron bruscamente al oír un tre-  
mendo golpe. Segundos después la puerta del despacho del director  
de Producción se abrió con un gran estrepito al ser atravesada por un  
enorme sillón de cuero negro con ruedas. Sobre éste, y sujetándose  
la entrepierna con gesto agonizante, se balanceaba don Ernesto. Tras  
él, salió Deneb, y, ¡oh, sorpresa! Por primera vez desde que empezó  
a trabajar en la empresa, ni parecía tonta ni caminaba contoneán-  
dose ni sonreía.

—¡Despedida! —acertó a decir el sufrido hombre entre re-  
suellos y sollozos de dolor.

—¡Estupendo! —respondió Deneb cogiendo su chaqueta y  
su bolso.

Enfiló con paso airado hasta la salida de planta, abrió la puer-  
ta bruscamente, dio un paso fuera, se detuvo en seco, se giró y volvió  
a entrar dirigiéndose hacia el jefe. Éste se protegió los testículos con  
ambas manos. Deneb lo ignoró, continuó caminando hasta la mesa  
en la que habían armado un pequeño Belén y arrancó la estrella que  
apenas dos días antes ella misma había colocado allí.

—Es mío y me lo llevo —advirtió con mirada acerada. Era su  
adorno favorito de Navidad y no pensaba dejarlo allí.

—Coge tu puñetera estrella y métetela por donde te quepa  
—increpó Ernesto envalentonado, ahora que los demás directivos se  
habían reunido a su alrededor.

—No es una puñetera estrella —dijo Deneb irguiendo la es-  
palda y alzando la barbilla—. Es Sirius, la estrella más brillante del  
firmamento. Aquella que guió a los tres Reyes Magos.

Ernesto observó estupefacto a la muchacha. ¡Si hasta parecía  
inteligente la muy boba!





—Es la estrella de Oriente, ¡imbécil! —gritó Deneb ante el mutismo de su jefe—. Vaya, si va a resultar que con mis dos carreras soy mucho más lista que tú... ¡Idiota! —apostilló saliendo de la planta y dando un tremendo portazo.

En ese mismo instante, a millones de millones de kilómetros por encima de la cabeza de la joven, Sirius centelleó.

